

VINDICACIÓN DE RAMIRO LEDESMA RAMOS R. Gamazo

Jesús Hernández ha dado aquí la noticia de la aparición de un nuevo libro sobre Ramiro Ledesma Ramos, que su autor, Ferran Gallego, presenta como "Biografía política". Es la tercera vez que en pocos días ha aparecido en los periódicos este profesor de Historia Contemporánea de la UAB. En artículo de "La Razón", sorprendente por su exagerada dureza contra el falangista Utrera Molina, recuerda el historiador que su padre se jugó el tipo vendiendo "Arriba", se marchó con 19 años a la División Azul y al volver, sufrió una gran decepción; tal vez, la misma desilusión que cantaban algunos ex divisionarios: "Si yo llego a saber esto ¡ay a mí!, por aquí, por aquí". Por último, en el "ABC" de ayer, martes, nos ha animado con rotundas afirmaciones relacionadas con el reciente manifiesto del valeroso grupo de intelectuales catalanes; seguramente las ampliará el jueves próximo, en el aula de la Fundación Vocento.

Me ha parecido interesante conocer estos datos del último biógrafo de Ledesma Ramos. Del apunte de Jesús Hernández se colige que no estamos ante una biografía complaciente con el talentado y pugnaz sayagués; pero al historiador no se le debe exigir complacencia sino servicio a la verdad. Durante mucho tiempo se ha procurado reducir la vida y obra de Ledesma Ramos a un cliché corto, oscuro y malintencionado. El historiador Guillermo Cabanellas reduce a la mínima expresión los antecedentes del revolucionario de "La Conquista del Estado": Fue, dice, empleado de Correos. Torpe descalificación que se vuelve contra el autor republicano: Pablo Iglesias, fundador del PSOE, era tipógrafo; Francisco Largo Caballero, estuquista; del sindicato de las Artes Blancas, bella metáfora de panadero, uno de los alcaldes del Madrid cercado y la lista de políticos provenientes de humildes oficios se haría interminable. Pero no es el caso de Ledesma Ramos. El cliché amañado por Cabanellas y suficiente para cómodos repetidores, es una burda maniobra por la omisión torticera de circunstancias personales de mayor interés. Muchos de ellos los recogía Jesús Hernández en un excelente trabajo publicado en este periódico, con ocasión del centenario de Ledesma Ramos. La curiosidad intelectual, madre fecunda de saberes, y la sana desconfianza en algunas fuentes, son, a mi entender, fundamentales en toda investigación. Jesús Hernández los ha tenido presentes y es merecedor del crédito más amplio.

Cierto es que Ledesma Ramos fue empleado de Correos. Primum, vivere; el puesto, ganado en oposiciones, le permitió dar satisfacción a su vocación de intelectual. Había aprobado los cursos de bachillerato en Salamanca y en el madrileño Instituto de San Isidro, el famoso Colegio Imperial. Comienza a la vez dos carreras, Filosofía y Matemáticas; es discípulo predilecto de dos catedráticos insignes, José Ortega y Gasset y Julio Palacios. El filósofo lo recomienda a Ernesto Jiménez Caballero para su revista "La Gaceta Literaria", donde Ledesma publica artículos de crítica literaria y teatral; luego, lo hace colaborador de su emblemática revista y le encarga el seguimiento de los movimientos filosóficos alemanes. Traduce, resume y reseña libros de reciente publicación. Se decanta como asiduo ateneísta y goza de la confianza y amistad de la muy pujante intelectualidad madrileña. Lo vemos en una foto en casa de Jiménez Caballero con el célebre filósofo del irracionalismo, Conde de Keyserling, d'Ors, Antonio Machado y otros grandes personajes. Es curiosa la actitud deferente de Unamuno con el inquieto intelectual zamorano. Al "querido maestro... a su corazón de poeta, a su cerebro de sabio y a su espíritu de filósofo", había dedicado Ramiro su novela "El sello de la muerte", que no gustó a la clerecía. Le envía el texto de "La conquista del Estado", que merece del rector una crítica demoledora en una carta escrita con letra menuda en las dos páginas de un folio. Cuando Ramiro Ledesma Ramos publica su manifiesto, era algo más que un modesto empleado de Correos, como intento demostrar en este breve guión de su vida anterior a su incursión en la política.

Importa mucho romper los malignos clisés.

Mea culpa. Aunque se diga que una publicación sin erratas es como un jardín sin flores, lamento la "flor" que ayer hacía ininteligible el elogio. Los viejos no manejamos bien el ordenador; en mi artículo de ayer hacia de Jaime Campmany, figura "sedera" del

periodismo; quise escribir y así lo habrá entendido el culto lector, "señera". Esta es la verdad.

[La Opinión - El Correo de Zamora, Zamora, Miércoles, 15 de junio de 2005, nº. 1196]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO
>DOCUMENTO N. 97